Fundación e Imperio

Isaac Asimov

Traducción:
Marta García Martínez

Para Mary y Henry
por su paciencia y tesón

Prólogo

El Imperio Galáctico se estaba derrumbando.

Era un imperio colosal que se extendía a lo largo de millones de mundos, de un extremo a otro de la poderosa espiral galáctica que era la Vía Láctea. Su caída también fue colosal, y muy larga, porque la altura era grande.

Ya llevaba siglos derrumbándose cuando un hombre fue al fin consciente de esa caída. Ese hombre fue Hari Seldon, el hombre que representó la única chispa de esfuerzo creativo que quedaba entre aquel creciente deterioro. Fue él quien desarrolló y llevó a su culminación la ciencia de la psicohistoria.

La psicohistoria no se ocupaba del hombre, sino de las masas. Era la ciencia del populacho; populacho por billones. Podía predecir reacciones ante unos estímulos determinados casi con la misma exactitud que una ciencia menor podía aplicar a la predicción del rebote de una bola de billar. La reacción de un hombre no la podía predecir ninguna matemática conocida, la reacción de un billón era una cosa muy diferente.

Hari Seldon fraguó las tendencias sociales y económicas de la época, vio más allá de las curvas y predijo la caída continua y acelerada de la civilización, así como el vacío de los treinta mil años que debían transcurrir antes de que un

nuevo Imperio pudiera abrirse camino y surgir entre las ruinas.

Era demasiado tarde para detener esa caída pero no demasiado tarde para cerrar la brecha de la barbarie. Seldon estableció dos fundaciones en «extremos opuestos de la galaxia» y diseñó su ubicación para que, en apenas un breve milenio, los acontecimientos se entretejieran y engranaran de tal modo que de las dos surgiera un Segundo Imperio de más pronta aparición, más fuerte, más permanente.

Fundación (Gnome Press, 1952) contaba la historia de una de esas fundaciones durante sus dos primeros siglos de su vida.

Comenzó como un asentamiento de físicos en Términus, un planeta situado en uno de los extremos de una de las espirales de la galaxia. Alejados de la confusión del Imperio, estos científicos trabajaban como recopiladores de un compendio universal de saber, la Enciclopedia Galáctica, sin saber que el ya fallecido Seldon había planeado para ellos un papel mucho más complejo.

A medida que el Imperio se pudría, las regiones exteriores cayeron en manos de «reyes» independientes que amenazaban a la Fundación. Sin embargo, enfrentando a un gobernante mezquino contra otro y bajo el liderato de su primer alcalde, Salvor Hardin, la Fundación consiguió mantener una precaria independencia. Como únicos poseedores del poder atómico entre mundos que estaban perdiendo su saber científico y comenzaban a recurrir de nuevo al carbón y el petróleo, incluso establecieron cierto dominio sobre los demás. La Fundación se convirtió en el centro «religioso» de los reinos vecinos.

Poco a poco, la Fundación desarrolló una economía de comercio a medida que la Enciclopedia se iba quedando en un segundo plano. Sus comerciantes, que mercadeaban con

artilugios atómicos que ni siquiera el Imperio en sus mejores tiempos podría haber duplicado en cuanto a concisión, se adentraban en la Periferia y recorrían cientos de años luz.

Bajo el mando de Hober Mallor, el primero de los príncipes comerciantes de la Fundación, desarrollaron las técnicas de la guerra económica hasta el punto de derrotar a la República de Korell, a pesar de que ese mundo estaba recibiendo apoyo de una de las provincias exteriores de lo que quedaba del Imperio.

Tras doscientos años, la Fundación era el estado más poderoso de la galaxia, salvo por los restos del Imperio, que, concentrado en el tercio central de la Vía Láctea, todavía controlaba tres cuartas partes de la población y riqueza del universo.

Parecía inevitable que el siguiente peligro al que tuviera que enfrentarse la Fundación fuera el último coletazo del moribundo Imperio.

Había que despejar ese camino para la batalla entre la Fundación y el Imperio.

Primera parte

El general

Bel Riose. [...] En su relativamente corta carrera, Riose se ganó el título de «El último de los imperiales», un título muy merecido. Un estudio de sus campañas revela que su habilidad es tan grande como la de Peurifoy en cuestiones estratégicas y mayor quizá a la hora de manejar a los hombres. El hecho de que naciera en la época del declive del Imperio hizo que le resultara casi imposible alcanzar el historial de conquistador de Peurifoy. Sin embargo, tuvo su oportunidad cuando, y fue el primero de los generales del Imperio en hacerlo, se enfrentó directamente a la Fundación...[1]

—Enciclopedia Galáctica

[1] Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica reproducidas aquí se han extraído de la 116ª edición, publicada en el año 1020 E. F., en Términus, por Ediciones Enciclopedia Galáctica S. A., con permiso de los editores.

1
En busca de unos magos

Bel Riose viajaba sin escolta, que no es lo que el protocolo de la corte dicta para el dirigente de una flota apostada en un sistema solar todavía hosco situado en las Marcas del Imperio Galáctico.

Pero Bel Riose era joven y estaba lleno de energía (tan lleno de energía como para que una corte insensible y calculadora lo enviara tan cerca del fin del universo como era posible), y además era curioso. Relatos extraños e improbables, relatos descabalados, repetidos por cientos y turbiamente conocidos por miles, habían captado la atención de la primera característica, la posibilidad de una empresa militar atraía a las otras dos. La combinación era embriagadora.

Había salido del anticuado vehículo terrestre del que se había apropiado ante la puerta de la marchita mansión que era su destino. Esperó. El ojo fotónico que vigilaba el umbral de la puerta estaba vivo, pero la puerta fue abierta a mano.

Bel le sonrió al anciano.

—Soy Riose...

—Le reconozco. —El anciano permaneció en su sitio, rígido, sin sorprenderse—. ¿Y su asunto?

Riose dio un paso atrás con ademán sumiso.

—De paz. Si usted es Ducem Barr, le ruego que me haga el favor de hablar conmigo.

Ducem Barr se hizo a un lado y en el interior de la casa las paredes resplandecieron y cobraron vida. El general entró y se encontró rodeado de luz.

Tocó la pared del estudio y luego se miró las yemas de los dedos.

—¿Tienen esto en Siwenna?

Barr esbozó una sonrisa fría.

—Solo ahí, creo. Mantengo esto en tan buen estado como puedo. Debo disculparme por hacerle esperar en la puerta. El mecanismo automático registra la presencia de visitantes, pero ya no quiere abrir la puerta.

—¿Escasean las reparaciones? —La voz del general era un tanto burlona.

—Ya no hay repuestos disponibles. Si quiere sentarse, señor. ¿Le apetece un poco de té?

—¿En Siwenna? Caballero, socialmente hablando, sería imposible rechazarlo.

El anciano patricio se retiró sin ruido y con una pequeña inclinación que formaba parte del ceremonioso legado dejado por una aristocracia *ci-devant* de los mejores tiempos del siglo anterior.

Riose contempló la espalda de su anfitrión, que desaparecía de la estancia, y su estudiada cortesía perdió parte de su seguridad. Su educación había sido puramente militar y su experiencia parecida. Se había enfrentado muchas veces a la muerte, como dice el tópico, pero siempre había sido una muerte de una naturaleza familiar y tangible. Por consiguiente, no existe contradicción en el hecho de que el idolatrado león de la Vigésima Flota sintiera escalofríos de repente en el ambiente húmedo y cerrado de una habitación antigua.

El general reconoció las pequeñas cajas negras ivroides que revestían las estanterías, eran libros. Los títulos no le resultaban conocidos. Supuso que la gran estructura que había en un extremo de la habitación era el receptor que transmutaba los libros en visión y sonido a voluntad. Nunca

había visto ninguno en funcionamiento, pero había oído hablar de ellos.

Una vez le habían dicho que mucho tiempo atrás, durante la época dorada, cuando el Imperio se extendía por la galaxia entera, nueve casas de cada diez tenían ese tipo de receptores, y parecidas hileras de libros.

Pero en esos momentos había fronteras que vigilar y los libros eran para los ancianos. Y además, la mitad de las historias que se contaban sobre los viejos tiempos eran míticas. Más de la mitad.

Llegó el té y Riose se sentó. Ducem Barr levantó su taza.

—En su honor.

—Gracias. En el suyo.

—Se dice que es usted muy joven. ¿Treinta y cinco? —dijo Ducem Barr con intención.

—Casi. Treinta y cuatro.

—En ese caso —dijo Barr con un suave énfasis—, no podría empezar mejor que informándole que, lo lamento, pero no estoy en posesión de amuletos de amor, pociones ni filtros. Ni tampoco puedo ejercer ningún tipo de influencia sobre los favores de cualquier joven dama que pueda atraerlo.

—En ese sentido, no me hacen ninguna falta ayudas artificiales, señor. —La autosuficiencia que sin duda estaba presente en la voz del general se entremezclaba con el humor—. ¿Recibe usted muchas peticiones de ese tipo de productos?

—Suficientes. Por desgracia, un público mal informado suele confundir la erudición con la práctica de la hechicería, y la vida amorosa es, al parecer, el factor que requiere una mayor cantidad de artimañas mágicas.

—Y eso parecería lo más natural. Pero discrepo. Yo no relaciono la erudición con nada salvo con el medio de responder a preguntas difíciles.

El siwenés lo pensó un momento, con expresión sombría.

—¡Es posible que esté usted tan equivocado como ellos!

—Ese puede ser el caso, o no. —El joven general dejó la taza que sostenía en su llameante funda y el recipiente se volvió a llenar. Después dejó caer en su interior con un pequeño chapoteo la cápsula aromatizada que le ofrecían—. Dígame entonces, patricio, ¿quiénes son los magos? Los verdaderos.

Barr pareció sorprenderse al oír un título que hacía tanto tiempo que nadie utilizaba.

—No existen los magos —dijo.

—Pero la gente habla de ellos. Siwenna está plagada de relatos sobre ellos. Se están levantando cultos a su alrededor. Hay una extraña conexión entre eso y ciertos grupos de sus paisanos, esos que sueñan y dicen tonterías sobre tiempos pasados y lo que ellos llaman libertad y autonomía. Con el tiempo, el asunto podría convertirse en un peligro para el Estado.

El anciano negó con la cabeza.

—¿Por qué preguntarme a mí? ¿Acaso intuyen ustedes una rebelión, conmigo a la cabeza?

Riose se encogió de hombros.

—No. En absoluto. Bueno, no es una idea del todo ridícula. Su padre tuvo que exiliarse en sus tiempos; usted fue patriota y nacionalista en los suyos. Es una falta de tacto por mi parte mencionarlo, puesto que soy su invitado, pero el asunto que me ha traído aquí lo requiere. ¿Pero hablar de conspiración ahora? Lo dudo. Hace ya tres generaciones que han despojado a Siwenna de su espíritu.

El anciano respondió con cierta dificultad.

—Voy a mostrar tan poco tacto como anfitrión como usted como invitado. Permítame recordarle que, en otro tiempo, un virrey pensó como usted sobre los apocados siweneses. Por orden de ese virrey, mi padre se convirtió en un indigente fugitivo, mis hermanos en mártires y mi hermana en suicida. Y sin embargo, ese mismo virrey sufrió una muerte horrible a manos de estos mismos y serviles siweneses.

—Ah, sí, y con eso está a punto de tocar un tema del que ojalá yo pudiera hablar. Hace ya tres años que la misteriosa muerte de ese virrey ha dejado de ser un misterio para mí. Había un joven soldado de su guardia personal cuyas acciones tuvieron cierto interés. Usted era ese soldado, pero no hay necesidad de entrar en detalles, creo.

Barr se quedó en silencio.

—Ninguna. ¿Qué propone?

—Que responda a mis preguntas.

—No con amenazas. Soy un hombre anciano, pero no tan anciano como para que la vida signifique demasiado.

—Caballero, vivimos tiempos difíciles —dijo Riose con intención—, y usted tiene hijos y amigos. Tiene un país por el que ha pronunciado frases de amor y locura en el pasado. Vamos, si decidiera utilizar la fuerza, no apuntaría a algo tan insignificante como a usted.

—¿Qué quiere? —dijo Barr con frialdad.

Riose sostuvo la taza vacía mientras hablaba.

—Patricio, escúcheme. En estos tiempos, los soldados triunfadores son aquellos cuya función es dirigir los desfiles de gala que serpentean por los terrenos del palacio imperial los días de fiesta y escoltar las resplandecientes naves de placer que trasladan a su Esplendor Imperial a los planetas de veraneo. Yo... yo soy un fracasado. Soy un fracasado a los treinta y cuatro años, y seguiré siendo un fracasado porque, ya ve, a mí me gusta luchar.

»Por eso me han enviado aquí. En la corte soy un problema. No me adapto al protocolo. Ofendo a los petimetres y a los almirantes, pero como líder de naves y hombres soy demasiado bueno para que se puedan deshacer de mí sin más, dejándome abandonado en el espacio. Así que Siwenna es el sustituto. Es un mundo fronterizo, una provincia rebelde y yerma. Y está lejos, lo bastante lejos para satisfacer a todos.

»Y yo aquí me pudro. No hay rebeliones que aplastar, y últimamente los virreyes fronterizos tampoco se sublevan;

por lo menos, no desde que el difunto padre, de gloriosa memoria, de su Majestad Imperial diera ejemplo con Mountel de Paramay.

—Un emperador fuerte —murmuró Barr.

—Sí, y necesitamos más como él. Él es mi señor, recuérdelo. Esos son los intereses que yo protejo.

Barr se encogió de hombros con gesto despreocupado.

—¿Qué tiene que ver todo eso con el tema?

—Se lo diré en dos palabras. Los magos que he mencionado vienen de más allá, de muy lejos, más allá de los puestos fronterizos, donde las estrellas están muy diseminadas...

—«Donde las estrellas están diseminadas» —citó Barr—. «Y el frío del espacio se cuela hasta nosotros».

—¿Es poesía? —Riose frunció el ceño. En ese momento le parecía una frivolidad ponerse a recitar unos versos—. En cualquier caso, vienen de la Periferia, de la única zona en la que soy libre de luchar por la gloria del Emperador.

—Y servir así a los intereses de su Majestad Imperial y satisfacer al mismo tiempo su afición por una buena pelea.

—Exacto. Pero debo saber a lo que me enfrento y ahí es donde usted puede ayudarme.

—¿Cómo lo sabe?

Riose mordisqueó sin apurarse un pastelito.

—Porque llevo tres años rastreando cada rumor, cada mito, cada aliento que se refiriese a los magos y de toda la variedad de informaciones que he reunido, solo son dos los hechos aislados sobre los que todo el mundo está de acuerdo, y por tanto, y sin lugar a dudas, son ciertos. El primero es que los magos vienen del borde de la galaxia que tiene Siwenna enfrente; el segundo es que su padre conoció en cierta ocasión a un mago, vivo y real, y que habló con él.

El viejo siwenés se lo quedó mirando sin parpadear y Riose continuó.

—Será mejor que me cuente lo que sabe...

Barr habló con tono pensativo.

—Sería interesante contarle ciertas cosas. Sería mi propio experimento psicohistórico.

—¿Qué clase de experimento dice?

—Psicohistórico. —En la sonrisa del anciano había un matiz desagradable. Luego añadió con tono seco—: Será mejor que tome un poco más de té. Voy a dar una especie de discurso.

El patricio se reclinó en los mullidos cojines de su sillón. Las luces de la pared se habían atenuado hasta alcanzar un fulgor marfileño rosado que consiguió suavizar incluso el duro perfil del soldado.

—Lo que yo sé es el resultado de dos accidentes —comenzó Ducem Barr—, los accidentes de nacer hijo de mi padre y de nacer nativo de mi país. Todo comienza hace más de cuarenta años, poco después de la Gran Masacre, cuando mi padre se había convertido en fugitivo en los bosques del sur mientras yo era artillero en la flota personal del virrey. Ese mismo virrey, por cierto, que había ordenado la Masacre y que sufrió una muerte tan cruel poco después.

Barr esbozó una sonrisa lúgubre y continuó.

»Mi padre era patricio del Imperio y senador de Siwenna. Se llamaba Onum Barr.

Riose lo interrumpió con impaciencia.

—Conozco muy bien las circunstancias de su exilio. No es necesario que lo explique con tanto detalle.

El siwenés hizo caso omiso de su invitado y continuó sin desviarse.

—Durante su exilio, se encontró con él un nómada, un mercader del borde de la galaxia, un joven que hablaba con un acento extraño, que no sabía nada de la historia imperial reciente y que estaba protegido por un escudo de fuerza individual.

—¿Un escudo de fuerza individual? —Riose lo miró furioso—. No dice más que extravagancias. ¿Qué generador podría ser lo bastante potente como para condensar un

escudo hasta darle el tamaño de un solo hombre? Por la gran galaxia, ¿es que llevaba cinco mil miriatoneladas de una fuente de poder atómico en un cochecito con ruedas?

Barr habló en voz baja.

—Ese es el mago de quien usted oye hablar en susurros, sobre quien oye historias y mitos. El nombre de «mago» no se consigue a la ligera. No llevaba ningún generador lo bastante grande como para que pudiera verse, pero ni el arma más pesada que pueda llevar usted en la mano habría llegado a arrugar siquiera el escudo que portaba.

—¿Y ese es todo el relato? ¿Es que los magos han nacido de las divagaciones de un viejo destrozado por los sufrimientos y el exilio?

—La historia de los magos es anterior incluso a mi padre, señor. Y la prueba es más concreta. Después de dejar a mi padre, este mercader que los hombres llaman mago visitó a un técnico de la ciudad hacia la que lo había dirigido mi padre y allí dejó un generador de escudos del tipo que llevaba él. El generador lo recuperó mi padre al regresar del exilio, tras la ejecución del sangriento virrey. Le llevó mucho tiempo encontrarlo...

»El generador cuelga de esa pared, detrás de usted, señor. No funciona. No funcionó nunca, salvo los dos primeros días, pero si lo mira, verá que no lo diseñó nadie del Imperio.

Bel Riose estiró el brazo para coger el cinturón de eslabones de metal que colgaba de la pared curva. Se soltó con un leve ruido de ventosa cuando el diminuto campo adhesivo se rompió al tocarlo él. Le llamó la atención el elipsoide que había en el vértice del cinturón. Era del tamaño de una nuez.

—Esto... —dijo.

—Era el generador —asintió Barr—. Pero lo era, en pasado. El secreto de su funcionamiento está más allá de lo que nosotros podemos descubrir. Las investigaciones subelectrónicas han demostrado que está fundido y convertido en un único trozo de metal, y ni los estudios más

cuidadosos de las pautas de difracción han sido suficientes para distinguir las partes específicas que existieron antes de la fusión.

—Entonces su «prueba» todavía se encuentra en la banal frontera de las palabras que no están respaldadas por ninguna certidumbre concreta.

Barr se encogió de hombros.

—Me ha exigido que comparta lo que sé con usted y ha amenazado con extraérmelo por la fuerza. Si decide recibirlo con escepticismo, ¿qué me importa a mí? ¿Quiere que pare?

—¡Siga! —dijo el general con todo duro.

—Yo continué las investigaciones de mi padre después de su muerte, y entonces acudió en mi ayuda el segundo accidente que he mencionado, ya que Hari Seldon conocía muy bien Siwenna.

—¿Y quién es Hari Seldon?

—Hari Seldon era un científico del reinado del emperador Daluben IV. Era psicohistoriador; el último y el más grande de todos. Visitó Siwenna en cierta ocasión, cuando Siwenna era un gran centro de comercio, rico en artes y ciencias.

—*Hmm* —murmuró Riose, hosco—. ¿Dónde está el anquilosado planeta que no afirme que en los viejos tiempos era una tierra de riqueza desbordada?

—Los tiempos de los que yo hablo son los tiempos de hace dos siglos, cuando el Emperador todavía gobernaba hasta la estrella más lejana; cuando Siwenna era un mundo del interior y no una provincia fronteriza medio sumida en la barbarie. En aquellos tiempos, Hari Seldom predijo el declive del poder imperial y, con el tiempo, la caída en la barbarie de toda la galaxia.

Riose se echó a reír de repente.

—¿Lo predijo? Entonces predijo mal, mi estimado científico. Supongo que eso es lo que se hace llamar. Pero bueno, el Imperio es más poderoso ahora de lo que lo ha sido en un milenio. Sus ancianos ojos han sido cegados por la fría

desolación de la frontera. Venga algún día a los mundos del interior; venga a la calidez y riqueza del centro.

El anciano sacudió la cabeza con expresión sombría.

—La circulación cesa antes en los bordes exteriores. El declive todavía tardará un tiempo en llegar al corazón. Es decir, el declive más aparente, el que es obvio para todos, a diferencia del declive interno, que es la historia de siempre desde hace unos quince siglos.

—Así que el tal Hari Seldon predijo una galaxia sumida en la barbarie general —dijo Riose con tono jovial—. ¿Y luego qué, eh?

—Estableció dos fundaciones en los extremos opuestos de la galaxia, fundaciones compuestas por los mejores, los más jóvenes y fuertes, para que allí se reprodujeran, crecieran y se desarrollaran. Los mundos en los que se ubicaron se escogieron con todo cuidado, así como las épocas y el entorno. Todo se dispuso de tal modo que el futuro, tal y como lo predijeron las matemáticas inalterables de la psicohistoria, supusiera su temprano aislamiento del cuerpo principal de la civilización imperial y su desarrollo gradual en lo que los convertiría en los gérmenes del Segundo Imperio Galáctico, acortando así un interregno inevitable y barbárico de treinta mil años y dejándolo en mil simples años.

—¿Y dónde averiguó usted todo eso? Parece conocer la historia con detalle.

—No la conozco y nunca la conocí —dijo el patricio con calma—. Es el laborioso resultado que obtuve tras reconstruir ciertas pruebas descubiertas por mi padre y algo más que averigüé yo. La base es endeble y con la superestructura se ha fantaseado para que cobrara vida y llenara los enormes vacíos que quedaban. Pero estoy convencido de que, en esencia, es la verdad.

—Se le convence con facilidad.

—¿Sí? Han sido necesarios cuarenta años de investigaciones.

—*Hmm.* ¡Cuarenta años! Yo podría resolver la cuestión en cuarenta días. De hecho, creo que debería hacerlo. Sería... diferente.

—¿Y cómo lo haría?

—Del modo más obvio. Podría convertirme en explorador. Podría buscar esa Fundación de la que habla y observarla con mis propios ojos. ¿Dice usted que hay dos?

—Los archivos hablan de dos. Solo se han encontrado pruebas que apoyan la existencia de una, lo que es comprensible, ya que la otra se encuentra en el extremo opuesto del largo eje de la galaxia.

—Bueno, pues visitaremos la más cercana. —El general se había puesto de pie y se ajustaba el cinturón.

—¿Sabe adónde tiene que ir? —preguntó Barr.

—En cierto sentido. En los archivos del antepenúltimo virrey, aquel al que usted asesinó de un modo tan eficaz, hay relatos sospechosos sobre bárbaros extranjeros. De hecho, la mano de una de sus hijas se concedió en matrimonio a un príncipe bárbaro. Encontraré el camino.

Después le tendió una mano al anciano.

—Le agradezco su hospitalidad.

Ducem Barr rozó la mano con los dedos y se inclinó con gesto formal.

—Su visita ha sido un gran honor.

—En cuanto a la información que me ha dado —continuó Bel Riose—, sabré como agradecérsela cuando regrese.

Ducem Barr siguió a su invitado con ademán sumiso hasta la puerta exterior y después se dirigió en voz baja al vehículo terrestre que desaparecía en la distancia.

—Si es que regresa.

Fundación. [...] Tras cuarenta años de expansión, la Fundación se enfrentaba a la amenaza de Riose. Los días épicos de Hardin y Mallow habían desaparecido y con ellos un cierto atrevimiento y resolución irrefutables [...]

—Enciclopedia Galáctica

2
Los magos

Había cuatro hombres en la habitación y la habitación estaba aislada, nadie podía acercarse. Los cuatro hombres se miraron deprisa y luego miraron durante un buen rato la mesa que los separaba. Había cuatro botellas en la mesa e igual número de vasos llenos, pero nadie los había tocado.

Y entonces, el hombre que más cerca estaba de la puerta estiró un brazo y tamborileó con los dedos un ritmo lento y suave en la mesa.

—¿Van a quedarse ahí sentados, pensando, para siempre? ¿Tanto importa quién habla primero? —dijo.

—Hable usted primero, entonces —dijo el hombre grande que tenía justo enfrente—. Es usted el que tendría que estar más preocupado.

Sennett Forell lanzó una risita, sin ruido y sin muchas ganas tampoco.

—Porque cree que soy el más rico. Bueno... O es que esperan que continúe porque fui yo el que empecé. Supongo que no se les ha olvidado que fue mi flota mercante la que capturó esa nave de reconocimiento.

—Usted era el que tenía la flota más grande —dijo un tercero—, y los mejores pilotos; que es otra forma de decir que es el más rico. Fue un riesgo tremendo y habría sido mayor para uno de nosotros.

Sennett Forell volvió a echarse a reír.

—Tengo cierta facilidad para asumir riesgos, facilidad que heredé de mi padre. Después de todo, el motivo esencial para correr un riesgo es que las ganancias lo justifiquen. En cuanto a eso, solo tienen que ver que la nave enemiga estaba aislada y fue capturada sin pérdidas para nosotros y sin que los otros lo advirtieran.

El hecho de que Forell fuera un pariente lejano y colateral del fallecido y gran Hober Mallow lo reconocía toda la Fundación abiertamente. Que fuera el hijo ilegítimo de Mallow lo aceptaban en la misma medida, pero sin comentarlo.

El cuarto hombre parpadeó y sus ojitos adquirieron una expresión sigilosa. Las palabras salieron con esfuerzo entre unos labios finos.

—No es como para dormirse en los laureles, eso de ir arrebatando navecitas por ahí. Lo más probable es que haga enfadar a ese joven todavía más.

—¿Cree que necesita motivos? —lo interrogó Forell con desdén.

—Así es y esto podría ahorrarle, o, de hecho, le ahorrará, la molestia de tener que fabricar uno. —El cuarto hombre hablaba con lentitud—. Hober Mallow trabajaba de otro modo. Y Salvor Hardin. Permitían que fueran otros los que tomaran los inciertos caminos de la fuerza mientras ellos maniobraban con pasos seguros y en silencio.

Forell se encogió de hombros.

—La nave ha demostrado merecer la pena. Los motivos son baratos y nosotros le hemos sacado un buen partido a la venta de este. —Se notaba la satisfacción del comerciante nato en esa frase. Después continuó—: El joven procede del viejo Imperio.

—Ya lo sabíamos —dijo el segundo hombre, el grande, con un descontento sordo.

—Ya lo sospechábamos —lo corrigió Forell con suavidad—. Si un hombre llega con naves y riqueza, con propues-

tas de amistad y ofrecimientos para comerciar, lo más sensato es abstenerse de contrariarle, hasta asegurarnos de que el propósito lucrativo no es una tapadera después de todo. Pero ahora...

Había un leve matiz quejumbroso en la voz del tercer hombre cuando habló.

—Podríamos haber tenido incluso más cuidado. Podríamos haberlo averiguado antes. Podríamos haberlo averiguado antes de permitirle que se fuera. Habría sido muchísimo más inteligente.

—Eso ya lo hemos discutido y descartado —dijo Forell y rechazó el tema con un gesto definitivo y rotundo de la mano.

—El Gobierno es muy blando —se quejó el tercer hombre—. El alcalde es un idiota.

El cuarto hombre miró a los otros tres, uno por uno, y se quitó una colilla de puro de la boca. La dejó caer con gesto despreocupado en la ranura que tenía a la derecha, por donde desapareció con un destello silencioso que la destruyó.

—Espero que el caballero que ha hablado al final hable solo por costumbre —dijo con tono sarcástico—. Podemos permitirnos recordar aquí que el Gobierno somos nosotros.

Hubo un murmullo de asentimiento.

Los ojitos del cuarto hombre estaban clavados en la mesa.

—Entonces dejemos en paz la política del Gobierno. Ese joven... Ese desconocido podría haber sido un cliente en potencia. Se han dado casos. Los tres intentaron engatusarlo para que firmara un contrato anticipado. Tenemos un acuerdo, un acuerdo entre caballeros, que lo impide, pero ustedes lo intentaron.

—Y usted también —gruñó el segundo hombre.

—Lo sé —dijo el cuarto sin perder la calma.

—Entonces olvidémonos de lo que deberíamos haber hecho antes —lo interrumpió Forell con un deje de impa-

ciencia—, y continuemos con lo que deberíamos hacer ahora. En cualquier caso, ¿y si lo hubiéramos encarcelado o matado, entonces qué? Ni siquiera ahora estamos seguros de sus intenciones y, en el peor de los casos, no podríamos destruir un Imperio segando la vida de un solo hombre. Podría haber armada tras armada esperando justo al otro lado cuando no regresara.

—Exacto —asintió el cuarto hombre—. Bueno, ¿y qué sacó usted de esa nave capturada? Soy demasiado viejo para tanta charla.

—Se lo puedo contar en unas cuantas palabras —dijo Forell con gesto forzado—. Es un general imperial o el rango que corresponda a eso por aquí. Es un hombre joven que ha demostrado su genio en la carrera militar, según me han dicho, y que es un ídolo para sus hombres. Una carrera bastante romántica. La mitad de las historias que cuentan sobre él son sin duda mentira, pero aún así lo convierten en una especie de hombre milagroso.

—¿Y quienes son esos que las cuentan? —quiso saber el segundo hombre.

—La tripulación de la nave capturada. Miren, tengo todas sus declaraciones grabadas en un microfilm que he guardado en un lugar seguro. Más tarde, si quieren, pueden verlas. Pueden hablar con los propios hombres, si piensan que es necesario. Les he contado lo más esencial.

—¿Cómo se lo sacó? ¿Cómo sabe que están diciendo la verdad?

Forell frunció el ceño.

—No fui nada dulce, caballero. Los golpeé, los drogué hasta volverlos locos y utilicé la sonda sin piedad. Y cantaron. Pueden creer lo que dicen.

—En los viejos tiempos —dijo el tercer hombre de repente, por irrelevante que fuera—, habrían utilizado psicología pura y dura. Indolora, sabe, pero muy certera. Sin posibilidad de engaño.

—Bueno, hay muchas cosas que tenían en los viejos tiempos —dijo Forell con sequedad—. Estos son los nuevos.

—Pero —dijo el cuarto—, ¿qué quería hacer aquí, ese general, ese hombre milagroso tan romántico? —Había una insistencia terca, plomiza, en su voz.

Forell le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cree usted que le confía a su tripulación los detalles de la política de Estado? No lo sabían. No había nada que sacarles a ese respecto y que conste que lo intenté, bien sabe la galaxia que lo intenté.

—Lo que nos deja...

—Con que tenemos que sacar nuestras propias conclusiones, es obvio. —Los dedos de Forell volvían a tamborilear en la mesa sin ruido—. El joven es un líder militar del Imperio y, sin embargo, fingió ser un príncipe menor de unas estrellas desperdigadas en una esquina perdida de la Periferia. Eso solo ya nos garantizaría que sus auténticos motivos son tales que no le beneficiaría mucho que nosotros los supiéramos. Si combinamos la naturaleza de su profesión con el hecho de que el Imperio ya subvencionó un ataque contra nosotros en los tiempos de mi padre, las posibilidades no auguran nada bueno. El primer ataque fracasó. Dudo que el Imperio nos tenga mucho cariño después de eso.

—¿No hay nada en sus hallazgos —lo interrogó el cuarto hombre con cautela— que contribuya a darnos alguna seguridad? ¿No está ocultando nada?

Forell respondió con tono sereno.

—No puedo ocultar nada. A partir de ahora no se puede ni plantear la cuestión de la rivalidad empresarial. Nos han obligado a estar unidos.

—¿Patriotismo? —Había un matiz de desprecio en la voz aflautada del tercer hombre.

—Al diablo el patriotismo —dijo Forell sin alzar la voz—. ¿Cree que doy ni dos soplos de emanación atómica por el

futuro Segundo Imperio? ¿Cree que arriesgaría una sola misión comercial para allanarle el camino? Pero ¿acaso piensa que la conquista imperial contribuirá a fomentar sus negocios o a los míos? Si gana el Imperio, habrá más que suficientes cornejas deseando reclamar los despojos de la batalla.

—Y los despojos somos nosotros —añadió el cuarto hombre con sequedad.

El segundo hombre rompió de repente su silencio y cambió de postura su amplio volumen con gesto airado, de tal modo que la silla crujió bajo él.

—Pero para qué hablar de eso. El Imperio no puede ganar, ¿verdad? Está la garantía de Seldon de que al final seremos nosotros los que formaremos el Segundo Imperio. Esto no es más que otra crisis. Ya hemos vivido tres hasta ahora.

—¡Solo otra crisis, sí! —reflexionó Forell—. Pero en el caso de las dos primeras, teníamos a Salvor Hardin para guiarnos, en la tercera estaba Hober Mallow. ¿A quién tenemos ahora?

Miró a los demás con expresión sombría y continuó.

—Las reglas de Seldon de la psicohistoria en las que tanto nos reconforta confiar probablemente tienen como una de las variables contribuyentes una cierta iniciativa normal por parte de las propias personas de la Fundación. Las leyes de Seldon ayudan a aquellos que se ayudan a sí mismos.

—Los tiempos hacen al hombre —dijo el tercer hombre—. Ahí tiene otro refrán.

—No se puede contar con eso, no con una certeza absoluta —gruñó Forell—. Bien, yo lo veo así. Si esta es la cuarta crisis, entonces Seldon la ha predicho. Si lo ha hecho, entonces se puede vencer y debería haber un modo de hacerlo.

»Ahora mismo el Imperio es más fuerte que nosotros, siempre lo ha sido. Pero esta es la primera vez que corremos el riesgo de sufrir un ataque directo, así que esa fuerza se

convierte en una amenaza terrible. Entonces, si se puede vencer, debe ser una vez más, y como en todas las crisis pasadas, no por la fuerza, sino con otro método. Debemos encontrar el punto débil del enemigo y atacarlo.

—¿Y cuál es el punto débil? —preguntó el cuarto hombre—. ¿Piensa proponer una teoría?

—No. A eso voy. Nuestros grandes líderes del pasado siempre vieron los puntos débiles de sus enemigos y apuntaron ahí. Pero ahora...

Había impotencia en su voz y, por un momento, ninguno se aventuró a hacer ningún comentario.

Y entonces habló el cuarto hombre.

—Necesitamos espías.

Forell se volvió hacia él con impaciencia.

—¡Exacto! No sé cuándo va a atacar el Imperio. Puede que todavía tengamos tiempo.

—El propio Hober Mallow entró en los dominios imperiales —sugirió el segundo hombre.

Pero Forell negó con la cabeza.

—Nada tan directo. Ninguno de nosotros somos unos jovencitos, precisamente; y todos estamos oxidados con tanto papeleo y tantos detalles administrativos. Necesitamos hombres jóvenes que estén en activo...

—¿Los comerciantes independientes? —preguntó el cuarto hombre.

Y Forell asintió y susurró:

—Si todavía hay tiempo...